

SÚMATE AL
CHECK LIST
DESTROYER

EMPARÉJAME

UNA HISTORIA DE CASI AMOR



NINA MININA

EmparejaME

Nina Minina

1.ª edición: julio, 2017

© 2017 by Nina Minina

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-044-4

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A las Minis Minis, un futuro
en proyección astronómica*

*No reírse de nada es de tontos,
reírse de todo es de estúpidos.*

GROUCHO MARX

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Cita

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

Epílogo

Prólogo

Tener una *app* de contactos puede llegar a ser muy divertido. ¿A quién no le gusta de vez en cuando jugar a ser una celestina del siglo XXI? Es casi como ser Afrodita, pero pasando de túnica ceñida y pelazo hasta la cintura, ni apariciones luminosas ni relámpagos partiendo el firmamento en dos. No, nada de esas cosas fantasiosas. En mi caso, bastaba con solo un clic y los entresijos de la tecnología moderna hacía todo el trabajo sucio. El motor de búsqueda semántico te encontraba en un plis plas un *single* afín a tus preferencias y que encajase contigo como una pieza de puzle. Y ojito, no olvidemos que existen puzles de hasta treinta y tres mil seiscientas piezas, por no hablar de la cantidad de horas de reloj que cuesta hacer un maldito puzle de treinta y tres mil seiscientas piezas. Sin embargo, tal era el nivel de acierto de mi «maquineta del amor», que Emparéjame se había convertido en poco más de cinco años en la aplicación para ligar preferida en el territorio nacional por decenas de miles de solteros desesperados. Ninguna otra plataforma ofrecía lo que la mía: por el módico precio de nueve con noventa y cinco, te presentaba una docena de candidatos y, si en tres citas a ciegas no conseguía emparejarte, hasta te devolvía el dinero. Ya ves, una ganga. ¿Qué son nueve con noventa y cinco en comparación con hallar el amor de tu vida? Una miseria, ¿verdad?

Ah, por cierto, me llamo Mercedes Esteban, soy la fundadora de la aplicación de móvil Emparéjame y, por si te lo estabas preguntando: no, no tengo nada que ver con Belén Esteban, qué más quisiera ella.

1

—Merche, una tal Silvia quiere verte. —Bárbara irrumpió en mi despacho sin llamar a la puerta, ¿para qué?

—No tengo programada ninguna cita hoy. ¿Quién es? ¿Qué quiere? —pregunté escondiendo mi nuevo ovillo de hilo degradado en el cajón de mi escritorio.

—Ni idea, solo ha dicho que se llama Silvia y quería verte.

—¿Silvia? ¿Silvia, qué más? No recuerdo a ninguna Silvia. ¿De qué empresa viene?

—Merche, ya te he dicho que solo me ha dicho que se llama Silvia y que era urgente verte.

—Vale, bien, dile a Silvia que pase —bufé sin ganas de saber qué le perturbaba a aquella chica sin apellido ni empresa conocida.

Bárbara cerró la puerta y a los pocos segundos volvió a abrirla para anunciar la entrada de la tal Silvia.

—Adelante, Silvia. Siéntate. ¿Te apetece un café, un té...? —La chica se sentó tímidamente y declinó mi invitación con una negación de cabeza—. Cuéntame qué es eso tan urgente que te trae aquí.

—Verá, señora Esteban, sé que esta es su empresa de informática y que mi visita está lejos del interés por cualquiera de sus servicios —dijo ojeando su alrededor con curiosidad.

—Pues tú dirás entonces. —Me acomodé en mi silla.

—Tiene un despacho precioso, no parece una empresa de ordenadores.

—Porque no solo es eso y, además, me gusta estar rodeada de cosas bonitas. —Silvia estaba empezando a impacientarme con tanto misterio—. ¿Te importaría ir al grano? Estoy muy ocupada.

—Estoy desesperada, en su *app* no existe ni un solo hombre al que le guste cocinar, planchar, ir de compras y que sea adicto a la limpieza de sanitarios.

Mis ojos se abrieron más de lo habitual ante aquella mujer de pelo encrespado y ropa de lolita, y que debía de tener más o menos mi edad, aunque la vida no la había tratado tan bien como a mí; más que patas de gallo, las suyas eran de avestruz.

—Silvia, querida, no suelo atender a clientes de la aplicación de contactos nunca, jamás. Con ese fin hay un cuestionario en la página al que atendemos desde el departamento de servicio al cliente. No obstante, haré una excepción contigo, ya que has tenido el detalle de venir a verme —empecé con unas ganas tremendas de reírme en su cara—, y te diré algo para que lo grabes en tu mente los próximos cuarenta años: lo que buscas, no existe. En toda la base de datos de EmparéjaME, Paboo, Adoptauntrio o cualquier otra aplicación, web o sucedáneo, no encontrarás ningún hombre al que le guste cocinar, planchar, ir de compras y limpiar baños a fondo. Deberías ser más realista —le advertí a mi clienta, mientras hacía un esfuerzo titánico por no poner los ojos en blanco.

—Pero, señora Esteban, yo no quiero ser realista. Lo he sido tantas veces, que ahora soy exigente.

Mientras la escuchaba accedí a la base de datos de la aplicación e hice clic sobre el primer maromo que apareció, tras escribir el *hashtag* «cocinar», con una foto de perfil en la que debía de tener como mínimo seis años menos.

—¿Y qué te parece Adolfo? Le gusta cocinar, los gatos y el vino.

—Odio los gatos y el vino me da migraña.

—Pedro es muy guapo —le dije con coquetería dándole a la siguiente sugerencia—, y le gusta la ropa bien planchada, ¿eso te vale?

—Pero... ¿se la plancha él mismo? Yo odio planchar.

—¿Por qué no se lo preguntas tú el viernes por la noche?

—Está bien, pero será mi tercera cita este mes y su *app* promete que si no encuentro el amor, me devolverían el di-

nero.

—¿Y no te parece que haber venido a conocerme en directo ya amortiza los diez euros que abonaste? —le pregunté con la dosis de paciencia suficiente para no parecer Cruella de Vil.

—No —contestó con sumo descaro.

—Adiós, Silvia, encantada de conocerte —dije incorporándome de la silla con un gesto evidente de que la conversación había tocado su fin.

—Pero señora Esteban...

—Buena suerte. —La acompañé a la puerta y se la cerré en las narices. Bien. Por fin podía empezar a tejer mi nuevo bolso de ganchillo.

Conforme tomé asiento abrí el cajón de mi maravilloso escritorio de color marfil y saqué una cajita de Mifalo, para darme un merecido subidón de endorfinas, el ovillo de hilo y el estuche artesanal de madreperla que atesoraba mi colección de ganchillos. Era un estuche divino, que había adquirido en Westing Home expresamente para guardar la colección que había ido adquiriendo en los últimos meses a través de webs de venta *online* y alguna tienda física especializada, a medida que mi interés por el ganchillo (hoy en día más conocido por *crochet*, para darle el toque de glamour que le falta a esa afición de abuela de toda la vida) iba *in crescendo*.

Cogí un ganchillo del 4 con mango esmaltado y comencé a montar los puntos como una autómatas, tenía tanta práctica ya que no me hacía falta ni pensar en ello, mientras repasaba mentalmente mi agenda diaria. Me sentía muy orgullosa de mi empresa, Pinkxel Solutions, y no era para menos. Soy informática graduada de profesión y siendo este mundo de bits, *cookies*, DNSs y otras palabrejas técnicas, machista por naturaleza, invertí mis primeros ahorros en un Mercalonia en montar la primera empresa de soporte informático dirigida y manejada únicamente por mujeres. Nadie de mis círculos apostaba un euro por el co-

chambroso estudio diáfano que alquilé en la primera planta de un edificio de la calle Maisonnave. Ni siquiera Julio, que por aquel entonces parecía venerar hasta el suelo que pisaban mis pies. Con escasos medios, lo convertí en una coqueta oficina, colgué en la única ventana a la calle un cartel escrito en una sábana a modo de pancarta y a los tres días de abrir, aún con el olor de la pintura apestando las paredes, ya tenía mis dos primeros clientes serios: un bufete de abogados del mismo edificio y una clínica dental de una conocida mía. Las siguientes semanas fueron lloviendo otros tantos clientes; estaba en la mejor zona de la ciudad, había muchos locales comerciales y empresas de servicios que requerían mis asistencias informáticas. Julio, finalmente, tuvo que reconocer que para la poca inversión que había hecho, la cosa era bastante rentable, y yo me sentía como en las nubes siendo la nueva Bill Gates de Alicante capital.

No fue hasta unos tres años más tarde, con una cartera bien surtida de clientes, cuando se nos ocurrió crear la *app* de contactos. Fue algo dicho y hecho. Entre mi equipo y yo, diseñamos un motor de búsqueda semántico de emparejamiento de medias naranjas complementarias para los clientes más exigentes, contraté a una lumbrera recién graduada para que lo programara y cuál fue nuestra sorpresa al ver que funcionaba de perlas. A las pocas horas de ponerla en marcha en Goble Play ya contaba con cuarenta solteros machos inscritos en la base de datos y otras tantas féminas ansiosas de amor, que fueron creciendo exponencialmente durante las siguientes semanas en vista de los éxitos amorosos. No paraban de llegar comentarios de clientes satisfechos y el rumor corrió como la pólvora en las redes sociales. Mirábamos como locas las cifras en aumento y casi no podíamos creer que funcionara tan bien, pero así fue. De hecho, aquel año me otorgaron el Galardón de Oro a la empresa con mejor proyección en la provincia de Alicante. Desde entonces, muchas revistas de corte femen-

ino me han dedicado unas páginas, convirtiéndome en una heroína pública del feminismo y del éxito empresarial. De pronto, mi empresa y más en concreto mi «maquinita del amor», como a mí me gusta llamar a la aplicación, me habían catapultado como «la reina de corazones de la ciudad» (ese fue uno de los titulares más sugerentes que me hicieron: gracias, *Bella Spagnole*). Increíble, ¿yo? ¿Precisamente, yo? Aquello era demasiado. Demasiado bonito para que me estuviera ocurriendo a mí, que había empezado cambiando tóneres en un bufete de abogados e instalando un antivirus en una clínica dental.

Tras ocho años en el mercado de las soluciones informáticas y tan solo cinco y pico en el mundo del flirteo cibernético, Pinkxel Solutions seguía ubicada en el mismo edificio, pero nos habíamos mudado a la tercera planta. Parte de los beneficios del primer año de EmparéjaME fueron invertidos en comprar el ático diáfano de ciento treinta metros cuadrados, que, además, contaba con el uso privativo de toda la terraza de la cuarta. Los muebles de Pikea fueron donados a la beneficencia y selectas y sofisticadas piezas de diseño llenaron la nueva oficina de glamur; la pintura del antiguo propietario fue enterrada bajo un maravilloso papel pintado, y la aplicación para ligar (barbilla alta y pecho fuera, y ahora sí podría pasar por Afrodita, pero la de *Mazinger Z*) había arrasado entre los solteros españolitos, desbancando a otras aplicaciones de renombre. En un par de meses, la Asociación Española de Mujeres Empresarias de la Comunidad Valenciana me iba a entregar el premio a la Empresaria del Año y saldría de nuevo en prensa. ¿Qué más podía pedir a la vida? Había triunfado en lo profesional. Mucho más de lo que nunca hubiera podido imaginar.

Muchas veces me pregunto por qué mi «maquinita del amor» funciona tan bien, y la única explicación que encuentro es que la gente se niega a vivir sola; no sabe o, sencillamente, no quiere. Parece que la sociedad nos obliga a tener una pareja para no pertenecer a ese grupo de apesta-

dos llamados «solteros», aunque ahora, para ser más *cool* y restarle importancia al asunto, se usa más el término «*single*». Sin embargo, aquí donde me veis, reputada casamentera, estaba orgullosa de pertenecer a ese grupo de apesados, o digámoslo más *cool*, era una *single* redomada.

Orgullosa de sacarle la lengua a la sociedad, que es una máquina poniendo etiquetas gilipollas, yo prefería vivir sola, no compartir un lado de la cama y, por supuesto, ni uno solo de mis palitos de Mifalo. Esas galletas alargadas, recubiertas de chocolate, fueron todo mi sustento durante el duelo por Julio. ¡Valiente cabrón! De acuerdo, relax, que nadie se lleve las manos a la cabeza; Julio no está muerto en realidad, solo lo estaba en mi vida: era mi maldito ex.

Cuenta la leyenda que, una tarde de septiembre que bajé a por una almojábana a la cafetería de abajo, Julio entró en la base de datos de EmparéjAME y encontró una hembra más afín a su persona. Mi propio invento me había jugado una mala pasada, mi propio imperio del amor me había arrebatado el mío. Después de haber aguantado durante cuatro años sus ronquidos, su aerofagia, su mal humor y mal aliento mañanero, se largó con otra de la noche a la mañana. Dejé vacío su lado de la cama, su hueco del cepillo, sus perchas del armario... pero se olvidó un par de zapatillas de estar por casa, oh, qué pena más grande. Dichas zapatillas fueron quemadas en un ritual, casi satánico, en el que juré que jamás volvería a compartir espacio con ningún hombre. El ritual fue llevado a cabo con una botella de cazalla y unas pinzas de barbacoa sobre un plato de Arcotal de los años ochenta, donde mi madre, ejerciendo como tal, había tenido el detalle de traerme unos filetes empanados. Paquita todavía no me ha perdonado que su preciado plato explosionara en mil pedazos, pero lo que ella no sospechaba era que lo que estaba roto en mil pedazos era el corazoncito de su hija.

Tras cinco años de semicastidad y una, casi enfermedad, adicción a los palitos de chocolate y a las manualidades, te-

nía que admitir que me estaba cansando un poco de esa situación, y también de hacer equilibrios sobre la báscula para autoengañarme sobre los estragos que todos esos Mifalo y actividades sin riesgo acumulados estaban provocando en mi cuerpo. Había llegado el momento de esconder la lengua y sacar pecho a la vida.

Bárbara, mi amiga del alma y la cara amable que te recibe nada más entrar en Pinkxel Solutions, era la única que estaba al corriente. Tantas horas juntas daban mucho de sí. Decía que ponía ojitos cada vez que veía una acaramelada parejita haciéndose arrumacos, y que aunque yo me empeñara en decir que no, era que sí, que sí, que se me notaba, que estaba necesitada de amor y esas cosas, ¿qué sé yo? Sería que el rito diabólico estaba perdiendo eficacia y, tal vez, me hubiera venido de perlas hacerme un recordatorio (como el de la vacuna del tétanos) y volver a infiltrarme en el organismo una buena dosis de animadversión irascible contra el *Homo erectus*.

Mi querida y solidaria Bárbara, mi amiga incombustible desde que entré en aquella sala de cerámica para principiantes hacía ya cuatro años y nueve meses. Yo había ido para ocupar mi mente en otras cosas por prescripción médica, ella por una apuesta con su compañera de trabajo a que sí era capaz de esculpir un *David* de Miguel Ángel de arcilla. Ni ella ni yo conseguimos alcanzar nuestras metas y cuando terminamos ese cursillo intensivo del ayuntamiento me regaló el brazo del supuesto *David* para que colgara mis collares de pasamanería, nueva afición adquirida por aquel entonces para lobotomizar un poco más mi mente. Mantuvimos el contacto, generalmente por WhatsApp, hasta que un día me llamó desconsolada tras ser despedida por atizar con el pene de arcilla del *David* a una compañera de trabajo. No tuve más remedio que darle un hueco en mi empresa y a la vez en mi corazón, pues su historia de cómo había golpeado con el miembro de barro a su compañera en la nariz fue lo único que me había hecho reír a carcaja-

das tras mucho tiempo. Así fue como Bárbara pasó a ser mi irremplazable amiga del alma y también una tortura perenne cada día.

No había mañana en la que no me insistiera para que metiera mis criterios de búsqueda en mi «maquinita del amor». Así es como ella encontró a su Héctor, entre un millón de solteros casposos, a los ocho meses de empezar a trabajar para mí. Estaba convencida de que correría su misma suerte, y que pronto encontraría mi media naranja. Yo, por mi parte, era muy escéptica al respecto. Mi media naranja al parecer la debía de estar exprimiendo otra.

En esas, Bárbara entró en mi despacho con sus taconazos y su melena rubia al viento, y soltó unas cuantas carpetas sobre mi mesa, olvidando por completo lo ocurrido minutos antes con la tal Silvia.

—¿Ya estás otra vez con los malditos Mifalo?

—Me calman los nervios, son mi relajante natural —le respondí mordisqueando la punta bañada en chocolate negro.

—Eso ya tiene nombre y se llama «valeriana». —Se sentó en el borde de mi mesa y me acomodó el flequillo detrás de la oreja—. ¿Va todo bien?

—Sí, pero que irrumpa una loca en tu empresa para buscarle pareja te deja el cuerpo como un escombros, el azúcar es fundamental para devolverte a la vida.

—O sea ¿que eso es lo que quería esa mujer? —Cruzó las piernas adoptando una pose interesante—. Puede parecerse de locos que haya osado presentarse aquí, pero vendes esperanza. ¡¿Qué digo?! Eres la máster del universo en cuestiones del amor... —levantó el dedo en el aire y se detuvo un instante para hacer una reflexión interior—... menos para ti misma.

—Ya sabes que juré no volver a compartir mi vida con ningún hombre, tú estabas en el ritual, tú encendiste sus zapatillas tras rociarlas con cazalla —dije metiéndome el palito en la boca.